

## **LATINOAMÉRICA, AMÉRICA, IBEROAMÉRICA: TRES TÉRMINOS, DOS REALIDADES, UN PROYECTO**

**Cástor Miguel Díaz Barrado**

Director del Centro de Estudios de Iberoamérica,  
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Las palabras expresan, unas veces realidades y conceptos que son perceptibles y tangibles, en otras ocasiones están destinadas únicamente a satisfacer intereses y, algunas veces, pueden llegar a ser simples expresiones de lo inexistente que, pese a todo, se mantienen en el imaginario de los pueblos y las sociedades. Más aún, es posible que el empleo de los términos cumpla simultáneamente todas estas funciones.

Desde la perspectiva de las relaciones internacionales contemporáneas quizá haya pocos espacios como el que ocupan la mayoría de los Estados de lengua española y portuguesa, que presenten más dificultades terminológicas o que, en el fondo, se enfrenten a tantos obstáculos a la hora de su identificación así como del empleo de los términos que resulten apropiados sin que se solapen o superponga o produzcan continuos equívocos. Nada es inocente y todo responde a la defensa de intereses políticos y económicos pero, también, a falsas concepciones de la realidad. Mi visión del “espacio innominado” tampoco está exenta de esta crítica y, por lo tanto, la posición que expreso seguramente es la consecuencia de una determinada visión de las relaciones internacionales.

A pesar de todo, sostengo que *América Latina* no existe como realidad política ni como expresión de identidad cultural y que, en la actualidad, es un término que, sin motivo alguno, sigue siendo utilizado como aspecto identitario por los ciudadanos del continente americano de los países de habla española y portuguesa. Mantengo, asimismo, que *América* es una realidad que, con el tiempo, deberá encontrar acomodo

desde la óptica política e institucional y conformar un espacio unido en el que convivan los Estados de habla española y portuguesa, sobre todo con aquellos de habla inglesa. No obstante, es un proyecto incompleto e inacabado que está visiblemente mutilado en uno de sus aspectos esenciales: la integración. Por último, *Iberoamérica* es la región más precisa y definida, aunque siempre se ha entendido como portadora de los rasgos más complejos. Iberoamérica es un término que encuentra dificultades a la hora de penetrar en el mundo de las palabras que conforman las relaciones internacionales, a pesar de ser una realidad tangible y aunque se hayan derrochado múltiples esfuerzos para dar contenido a la cooperación. Iberoamérica es una realidad y un proyecto.

La cooperación y la integración que, a la postre, deben conducir al bienestar de los pueblos es lo que nos permitirá sostener la validez de cada una de estas expresiones (Latinoamérica, América, Iberoamérica). Su pervivencia en el tiempo dependerá, entonces, de los esfuerzos útiles y eficaces de colaboración. Sobre estas bases, sostengo lo siguiente:

Primero, América Latina está desapareciendo y está en un claro proceso de extinción. La realidad que se pretende expresar con este término no sirve como marco de cooperación permanente entre los Estados latinoamericanos y tampoco produce esfuerzos de integración creíbles en la escena internacional.

No obstante, se ha asentado el empleo el término Latinoamérica para designar a un conjunto de Estados cuyas lenguas y culturas tenían origen latino. En particular, se definen como latinoamericanos aquellos Estados del continente americano cuyas lenguas oficiales proceden de lenguas tales como, en concreto, el español, el portugués, el francés y el italiano.

El concepto Latinoamérica se completa, además, con el de América Latina, quedando excluidos de esa realidad los Estados europeos de procedencia latina. Latinoamérica se configura, pues, como un concepto excluyente. No se trata de una región que abarque a Estados europeos y americanos al mismo tiempo ni es capaz de incluir en un mismo espacio político y cultural a Estados de dos continentes.

Pronto, sin embargo, la expresión Latinoamérica se vinculó también con Estados en desarrollo. Desde la perspectiva política, se ha identificado lo latinoamericano con bajos niveles de desarrollo y el concepto ha adquirido, de esta forma, un cierto significado reivindicativo frente a los países ricos del Norte de América.

Ahora bien, en la actualidad el empleo del término Latinoamérica es inútil. Identifica a un conjunto de Estados de los cuales diecinueve hablan español o portugués y tan sólo uno (Haití) tiene como lengua oficial el francés, además en claro retroceso y en una particular convivencia con el creole y el inglés. En otros términos, los Estados latinoamericanos son todos los Estados de la América ibérica más Haití.

Más allá, América Latina ha fracasado como proyecto de cooperación e integración en el continente americano. Es verdad que el primer esfuerzo de integración fue la creación del Área Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), pero, en la actualidad, ningún proceso de integración latinoamericano tiene características propias y menos aún posibilidades de llegar a buen puerto. El continente americano han abandonado los esfuerzos de cooperación e integración latinoamericanos. La Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) languidece y se apaga lentamente y el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) se ha convertido en un mero organismo de reflexión y consulta sobre el fenómeno de la integración en su conjunto.

Ninguno de los dos procesos de integración expresa la existencia de la identidad latinoamericana. Sólo Estados de la América ibérica son miembros de ALADI y, por si fuera poco, el SELA está integrado también por Estados no latinoamericanos sino caribeños y de la América sajona.

En la actualidad, los esfuerzos de cooperación e integración que se suceden en el continente americano tienden a debilitar lo que queda de América Latina, incluso cuando son promovidos por Estados históricamente considerados como la expresión más fidedigna de lo latinoamericano. El establecimiento de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), liderado por Brasil, supone la ruptura del Sur con la noción de Latinoamérica y, al mismo tiempo, el desarrollo del Tratado de Libre Comercio de

---

América del Norte (TLCAN) representa el fin de la aceptación, por parte de México, de su indisoluble condición latinoamericana.

Ni tan siquiera la recién creada Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe, precisamente en Cancún (México) en 2010, expresa la realidad latinoamericana sino más bien un espacio para la cooperación mucho más amplio que se encuentra profundamente fragmentado a pesar de que se inicie con la denominada Cumbre de la Unidad. Por lo demás, existen dudas muy razonables de que esta Comunidad plasme acuerdos efectivos de cooperación.

Latinoamérica no es una realidad ni un proyecto y, sin embargo, es el término más utilizado en el conjunto del continente americano y en Europa para designar a los Estados de la América Ibérica. Una vez más, por ahora, los que hablan español y portugués han perdido la batalla de las palabras y han salido ganando sobre todo aquellos Estados europeos, como Francia e Italia, cuya influencia en esa América no deja de ser anecdótica. Mi posición es clara: se impone el abandono progresivo de la expresión América Latina y su sustitución por el de América Ibérica que expresa mejor que cualquier otro lo que sucede en el continente americano.

Segundo, América pervive como realidad política y debería consagrarse como espacio de cooperación e integración entre los Estados americanos. América está perfectamente definida desde la perspectiva geográfica, mucho más que Europa, y conforma un espacio histórico que reúne las condiciones precisas para diseñar un proyecto conjunto en la escena internacional.

América es un espacio identitario y un espacio político y, con el tiempo, podría constituirse en un espacio de integración. En efecto, detrás del término América, a diferencia de lo que sucede con el término Latinoamérica, existe una realidad cierta y con profundo significado. El panamericanismo está vivo y aunque se exprese de distintas formas es uno de los grandes objetivos que han marcado las aspiraciones de los americanos desde el siglo XIX.

América ha encontrado su expresión política por excelencia en el establecimiento de la Organización de Estados Americanos (OEA) que, pese a sus dificultades

y deficiencias, sigue siendo la manifestación de la realidad viva del panamericanismo en la escena internacional. La cooperación americana está garantizada y encuentra expresiones políticas, normativas e institucionales.

No obstante, la integración americana está en entredicho y no encuentra, en la actualidad, ninguna fórmula idónea y eficaz para su desarrollo. La iniciativa para la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) no sólo ha fracasado sino que está muerta, aunque en terminología oficial, se encuentre tan sólo estancada y en periodo de reflexión. Por ahora, América ha fracasado como proyecto común de los pueblos y Estados que conforman este continente.

Finalmente, Iberoamérica es un espacio político y cultural que ha diseñado un proyecto entre los Estados de la región con posibilidades de consolidarse como marco de cooperación permanente y en el que podrían habitar contados elementos de integración. Iberoamérica es una realidad y ha sido concebida como un proyecto útil.

Sin embargo, uno de sus primeros retos va a ser ganar la batalla de los términos. Iberoamérica es un término de difícil utilización correcta aunque es una realidad concreta y perceptible que ha sido capaz de pergeñar un proyecto con significado, contenido y alcance.

Iberoamérica no es un término excluyente sino incluyente. Tienen la condición de iberoamericanos no sólo Estados de América sino, también, de Europa. Además, aunque el término es complejo, se ha impuesto a la expresión Hispanoamérica y ha agrupado en una misma realidad a dos manifestaciones (la de origen español y la de origen portugués). Es, por lo tanto, un término para la unión y no para la división. Iberoamérica se define por la identidad, básicamente histórico-cultural. Es una realidad que se expande en dos continentes sobre la base de un acervo cultural común.

No se puede negar que Iberoamérica es la expresión y la realidad que mejor entroncan con la política exterior española y, por qué no decirlo, con los intereses de España en el continente americano. No supone ningún desdoro reconocer que a España le interesa el empleo de este término en la medida en que expresa una realidad cierta de cooperación.

Por todo, con sus avances y retrocesos, la Comunidad Iberoamericana de Naciones (CIN) es un proyecto que descansa en una realidad, sobre todo, política y cultural. Es la representación de un espacio geopolítico y geocultural de primer orden. Y, pese a todo, las expresiones que lo identifican encuentran dificultades en el marco de las relaciones internacionales

Con estas posiciones sólo queda pasar de las palabras a los hechos y sería bueno que dentro de las áreas geográficas de estudio, más que incluir a América Latina como se viene haciendo con reiteración se comenzara a pensar, tanto en los diversos foros como en organismos internacionales, en términos de América Ibérica e Iberoamérica y que, de este modo, los análisis propios de las relaciones internacionales no estuvieran plagados de lo latinoamericano porque, en el fondo, pobre servicio se presta a la realidad internacional por difundir con tanto ahínco lo inexistente.

Es más incómodo utilizar los términos América Ibérica e Iberoamérica pero son más reales y más atractivos no sólo para la política exterior española, sino, sobre todo, para el conjunto del bienestar de los pueblos de América. América ibérica es una expresión enriquecedora y plenamente complementaria con otras como América, Suramérica, Centroamérica, Norteamérica y Caribe que, a la postre, son las que mejor definen en la actualidad los esfuerzos reales de cooperación e “integración” en el continente americano.

Madrid, 20 septiembre de 2010